

Sergi Pàmies



Millet & Montull (y 3)

En el capítulo de hoy hablaremos de la familia. Esta semana ha sido noticia Gemma, la hija de Montull, que ha declarado no estar preparada para los cargos que le encomendó el mafioso palaciego y que ha asumido la escasa chicha de su personaje. La semana pasada, en cambio, y tras el reportaje *Cop al Palau* emitido en TV3, la noticia fue Xavier Millet. Contó cosas lamentables sobre su hermano y algunas almas cándidas se preguntaron: ¿Debemos echar mierda sobre nuestros hermanos en televisión? El interrogante hay que emparentarlo con aquella máxima según la cual la ropa sucia se lava en casa. Pues no señor: a veces has intentado tanto lavarla en casa sin conseguir limpiarla que necesitas sacarla a la calle para que todo el mundo se entere de que hay manchas imborrables. En este caso, que se entere de los caprichos, proféticos, del Millet niño. ¿Es un desalmado Xavier al contarlo? Aparentemente sí, pero, como seguidores de esta ficción basada en hechos reales, es lícito que nos preguntemos cuántas putadas le habrá hecho Félix a Xavier para que este reaccione así.

Un seguidor perverso de este culebrón me propone otra hipótesis: ¿debemos creernos a Xavier o, por el contrario, poner en duda cualquier cosa que diga? Son conflictos que el tiempo irá dilucidando pero, personalmente, me creo, por verosímil, la historia de Xavier. Para aquellos que no la conozcan: de pequeños, cuando el día de su cumpleaños tenían que llevar caramelos al colegio para repartir entre los alumnos, Félix se los vendía a sus hermanos Xavier y Joan. Luego, una vez cobrados, se ponía a berrear caprichosamente gritando que se había quedado sin caramelos hasta que, por compasión, Joan le regalaba unos cuantos sin que Félix le devolviera el dinero. Xavier, en cambio,

ponía el grito en el cielo: "No veus que t'està prenent el pèl?" La anécdota, amplificada audiovisualmente, adquiere tintes de venganza, ya que refuerza las justificadas sospechas que

El enfrentamiento entre Millets abre una vía catalana al fratricidio audiovisual

genera el confeso Millet. Lavar la ropa sucia en casa es una utopía y, sin remontarnos a los tiempos de Abel y Caín ni rebozarnos con el lodo político de los hermanos Guerra o de los hermanos Franco, conviene recordar que, en estos momentos, otro vínculo familiar acapara, con más intensidad que el que une a Gemma y Jordi Montull, la atención del morbo mediático: el que une (o separa) a Kiko y Coto Matamoros. Por eso debemos agradecer este enfrentamiento entre Millets, que abre una vía catalana al fratricidio audiovisual, un género en permanente expansión.

En cuanto a mí, podría seguir hasta el infinito con esta serie de artículos (el caso Palau me sigue pareciendo lo más importante que ha ocurrido en la cultura catalana en los últimos treinta años), pero, dado que empiezo a sentirme como un parásito carroñero, cederé la inspiración que proporcionan Millet y Montull a otros colegas.